



# INTRODUCCIÓN

Escribo este libro para no olvidar. Porque la mente tiende a borrar los peores momentos de la vida. Yo al menos me esfuerzo en ello. Si olvido que he muerto y vuelto a vivir, si olvido que mi familia y amigos han estado a mi lado, si olvido que he tenido que aprender a caminar de nuevo, si olvido que he estado meses sin poder levantar los brazos, sin poder abrir una botella de agua o sin poder escribir una frase entera, este libro me lo recordará.

La covid19 es una enfermedad, de ahí su artículo femenino. Yo me he concedido una licencia y lo trato en masculino, por lo de virus. Además, en mi razonamiento visual me encaja más el covid que la covid. Mi convivencia con él ha sido dura, pero finalmente hemos pactado y lo he dejado atrás. Sin duda he tenido suerte, aunque frente a las nuevas variantes lo digo con la boca pequeña. Porque bajar la guardia es de tontos.

# COMA Y DROGAS

De pronto la vida se detiene. Cuatro veces he muerto y otras tantas he dejado atrás a la dama de la guadaña. ¿Hay un más allá? No sé si fueron los días en coma, no sé si fueron las drogas, si el subconsciente. Sé que fue real, sé que las imágenes de mis viajes a la luz, las siluetas y la paz coinciden con las de otros viajeros que han estado en esa otra dimensión que escapa a la mente humana, aunque comentan algunos científicos que esa luz puede ser fruto de un aumento de las ondas electromagnéticas del cerebro. Es lo que ocurre con las ratas de laboratorio cuando agonizan. Otros afirman que poco antes de morir, el cuerpo segrega hormonas que provocan un estado de paz y éxtasis. Los creyentes ven a sus dioses, a sus ídolos. Los no creyentes, ¿qué vemos?

En cualquier caso, son momentos gloriosos, llenos de paz. ¿Es eso, realmente, la muerte? Si lo es, se acabó el miedo.

Yo tenía una buena vida y apenas nada parecía que pudiera alterarla. Tenía lo principal: salud, una familia,

muy buenos amigos, una perra bodeguera, mi trabajo de periodista, una casa en la ciudad y una en la montaña, y aficiones que llenaban mi día a día. Ni un solo pero, porque incluso no tener pareja estable con los 60 ya cumplidos es, a mi modo de ver y después de algunas experiencias, un privilegio. Crees que todo va a seguir así, que nada ni nadie va a poder desestabilizar la situación, pero, ahí si utilizo la conjunción, se te olvida que el control del destino no es tuyo, que todo puede cambiar en un segundo y que si con algo no se puede negociar es con la salud.

La pandemia mundial ha sido la intrusa en mi estabilidad. Ni la he provocado ni la he buscado, pero ella estaba escrita en mi destino y se ha convertido en un enemigo al que no he podido esquivar ni con absurdas estrategias como la de no escuchar a la enfermedad y dejarla pasar. En realidad, meses después de haber convivido con ella sigo sintiendo, si no su presencia porque ya se fue, si su huella. Ahí está, recordándome que un momento fuimos pareja de hecho. Solo me falta saber si voy a librarme algún día de semejante *partner* o seguiré arrastrándolo.

El virus ha jugado con dos puntos de ventaja: el primero su avance silencioso, el segundo su rapidez. Silencioso y veloz, el que llega sin avisar y sin mediar palabra, ¿hay peor enemigo? Porque, además, cuando te alcanza su herida, aunque puede matar, no duele. Nos hemos visto

las caras y, eso sí, he peleado y finalmente vencido. No ha sido fácil, me han inducido a un coma por varias semanas y en medio de la lucha he tenido de frente a mi gran aliada, la suerte. He contado con un ejército muy bien adiestrado ayudándome en el campo de batalla: en el plano físico los médicos, y en un plano hasta ese momento desconocido aquellos que murieron y no me han dejado morir, mi gente. No sé exactamente por qué no he muerto, y lo más fácil es dar crédito a la teoría de que no era mi hora. Curiosa teoría en mi caso, por cierto, que ya he gastado algunas de las vidas del gato.

Creyentes o no, ya sea movidos por la fe, por la curiosidad o por el morbo, la incógnita de lo que puede haber al otro lado de la puerta, la que se supone se abre al pasar de la vida a la muerte, es universal. Hay quien piensa que nacemos y morimos sin más, yo pertenecía a este grupo, pero a estos dudo que les interese esta historia. Haber muerto y vuelto a la vida, porque es lo que me ha sucedido, me da una increíble ventaja: vivo sin miedo a morir.

Hasta principios de 2020 he dejado fluir la duda. He leído durante años acerca del tema porque en el fondo siempre he querido pasar al bando de los crédulos, lo he hablado con filósofos, he reflexionado acerca de ello, he acumulado información, pero la duda no solo sigue ahí sino que ha engordado, porque sin fe es imposible pensar que hay

un más allá en el que reencontrarse con lo perdido, con los seres queridos. Si la vida que conocemos como tal es tan solo un tránsito, ¿qué importancia puede tener recuperar lo perdido? Me parece un contrasentido.

Pero de pronto, esa misma vida, o la muerte, te ponen en antecedentes de ciertas cuestiones. Resulta que, gracias o a pesar de un coma inducido de varias semanas, sé que hay un más allá o algo parecido, y lo sé porque he estado en él. La puerta existe y existe ese otro lado. Sé, además, que es puerta de viene y va. Lo ha sido para mí, que he muerto cuatro veces y otras tantas he vuelto a la vida. Una vez, la primera, sin quererlo más allá del subconsciente, y las tres siguientes trasladé mi alma al filo del tránsito sin lograr lo que deseaba: quedarme allá, al otro lado. Tal es el placer que produce estar en el reverso de la vida.

Somos muchos los que decimos “me asusta sufrir pero no morir”. Ahora sé que eso es del todo cierto aunque haya algo de osadía en la afirmación porque estoy segura de que cuando tienes la muerte ahí delante, si estás del todo consciente, te entra el pánico. Eso es lo que me ha contado algún amigo enfermo sabiendo que tiene sobre el cuello la espada de Damocles. Lo mío es diferente, yo no he estado consciente en ninguna de mis muertes.

Después de mis cuatro viajes a la luz, al otro lado, no puedo sino admitir que concluida la vida algo hay. Ha servido, sobre todo, para lidiar con ese miedo atávico al final que nos acompaña a muchos durante parte de la existencia. Hoy solo me queda un miedo, aquel que he mencionado, al dolor, al propio y al ajeno, y sin duda a esa antesala de la muerte por la que vamos a pasar para el viaje crucial, el más importante, el que no tiene retorno pero, por lo que intuyo, sí tiene continuidad.

Al morir (con qué facilidad puedo escribir esta palabra) sé que al otro lado solo hay luz, cegadora luz, paz y un inmenso amor que te envuelve y atrapa, que te conduce a desear quedarte ahí para siempre. He vivido la muerte y no es un contrasentido, y ha sido precisamente el amor el que me ha permitido volver. Y la cortisona, que también ha tenido mucho que ver en ello, déjenme añadir ese guiño científico porque sin ella y solo con la espiritualidad no sé si estaría escribiendo. Ser espiritual y carecer de fe, no vayan a creer que es fácil, pero así soy yo. La fe facilita mucho cualquier proceso invisible, es la base sobre la que se sostiene la creencia intangible. Y el miedo, no perdamos de vista la estrecha relación que hay entre la fe y el miedo.